

ECOS DE PARÍS

EL último día de junio fueron elegidos miembros de la Academia Francesa dos escritores significativos. Uno de ellos es Abel Hermant, que va a reemplazar bajo la cúpula a René Boylesve, y el otro es Emile Mâle, que ocupará el sillón que dejó vacante Richepin. He aquí dos buenas designaciones que han tenido suerte extraordinaria. En efecto, las votaciones fueron breves. M. Hermant obtuvo en sólo dos escrutinios la mayoría necesaria para ser elegido, y M. Mâle resultó elegido a la primera votación.

Más importante aún es la acogida que ha dispensado el público a los nuevos inmortales. M. Hermant es un autor que cuenta con infinitos lectores en todas las lenguas. Sus obras suman varias docenas, y comprenden muchos géneros diversos aun cuando generalmente ahondan en la cantera novelesca. Es Hermant un escritor relativamente fácil, espontáneo, y sin embargo su estilo y su lengua son de lo más perfectos que puedan gustarse en obras de autores franceses modernos.

No es Hermant un escritor sumamente joven: nació en 1862, en París, y es hijo, nieto y biznieto de parisienses. Su primer libro es de versos, fué publicado en 1883 y se titula «Les mépris». Lo han seguido numerosos volúmenes de novelas, de cuentos, de crónicas periodísticas—Hermant es fino y ágil periodista—, de crítica literaria y social, etc. El distintivo de sus novelas, en las cuales se pasa revista a todos los ambientes y tipos sociales, es el anhelo, visible en el autor, de hacer una historia novelesca de la época. En efecto, Hermant, hombre moderno, retrata seres que forman el ambiente en el cual se

mueven el autor y sus lectores. Y en su tarea ha puesto una fidelidad de buen tono, que no excluye la intervención del arte que deforma y acicala la realidad.

El otro nuevo inmortal, M. Mâle, es un destacado investigador y crítico de arte, que ha desempeñado puestos públicos de importancia. Nació también en 1862 y ha sido director de la Escuela Francesa de Roma. Es miembro de la Academia de Inscripciones y Bellas Letras, de modo que su incorporación al grupo de los Cuarenta es un acontecimiento casi previsto.

Su autoridad en asuntos de arte antiguo y moderno es indiscutible y está asentada en buen número de obras de la mayor importancia crítica. Pero el centro de todos sus estudios ha sido, principalmente, el siglo décimo-tercero, que ha esclarecido con numerosos trabajos lúcidos y llenos de energía. Suma y compendio de su versación en esta materia es su gran obra «L'Art religieux en France», de la cual ha publicado ya dos gruesos volúmenes, el primero dedicado al siglo XIII y el segundo a los dos siguientes.

En suma, las nuevas designaciones de la Academia Francesa han sido muy bien recibidas por la opinión ilustrada, que sigue con interés la vida de la preclara institución.

* * *

Signo inequívoco de la nueva fraternidad humana que se inicia, tímidamente tal vez, en las generaciones de hoy, es el triunfo que ha obtenido en Francia un libro de un escritor alemán. El título de dicha obra es «Guillaume II» y su autor Emil Ludwig.

Emil Ludwig nació en Breslau, en 1881, en un hogar acomodado y, sobre todo, intelectualmente alto. Su padre era médico, y dió a su hijo un ejemplo de interés por los estudios científicos y por las cosas del espíritu. Pero el joven Ludwig no siguió la misma ruta de su padre, y se hizo escritor. Estudió derecho, se doctoró y luego se dedicó a escribir dramas. Hasta una docena de obras teatrales había escrito antes de la guerra.

Un día, por azar, conoció las cartas de Bismarck, entonces inéditas, y concibió el propósito de escribir un ensayo sobre su estilo. Luego vino la guerra, durante la cual Ludwig trabajó como periodista. En 1917 y 1918 publicó dos novelas, tituladas «Diana» y «Meeresstille». Desde 1918 se ha dedicado a la causa de la Liga de las Naciones y de la paz. En 1919 publicó un libro sobre Goethe, tal vez la primera de sus obras que obtuvo un éxito efectivo. Este libro tiene una gran importancia. Ludwig ha declarado que lo escribió utilizando sólo los documentos originales que quedan de la vida de Goethe—sus obras, sus cartas, las conversaciones con Eckermann—y sin leer una línea de los anteriores biógrafos del autor del «Fausto». Y su obra consigue destruir la leyenda, tan expandida, del Goethe sereno como un dios y ajeno a las pasiones y sentimientos comunes al corazón humano.

En 1924, Ludwig publicó otro ensayo biográfico sobre Napoleón, y al año siguiente lanzó su obra más considerable y discutida: «Guillermo II».

Prepara actualmente un trabajo sobre Balzac, que debe publicarse en poco tiempo más, y confiesa que los únicos escritores que no se cansa de releer son el autor de la «Comedia humana», Plutarco y Nietzsche. De éste dice que es «el abuelo de toda nuestra literatura».

Ahora bien, ¿cuál es el motivo del éxito de su Guillermo II? Siguiendo el método de trabajo que se ha fijado, Ludwig estudia en este libro al ex Emperador a través de todos los documentos que han quedado de su paso por el Gobierno de su país. Y las conclusiones que desprende son de tal modo extraordinarias, que un periodista, comentando el libro, ha dicho: «Si hubiéramos sabido estas cosas antes, la guerra no se habría producido».

Este libro, que muchos alemanes consideran ya el evangelio de la República, ha alcanzado tiradas fantásticas. Hace algunos meses se habían vendido de él ciento treinta mil ejemplares. Al mismo tiempo se le traducía al francés, al inglés, al ruso, al italiano, etc.

Ludwig ha sido festejado por los escritores franceses como un camarada de su misma lengua, y unánimemente se han aplaudido su genuino pacifismo y su falta de prejuicios patrióticos o nacionalistas.

* * *

Es sabido que la literatura francesa cuenta con numerosos incentivos, como premios, bolsas de viaje, pensiones vitalicias, etc., que se reparten anualmente en cantidad de muchos cientos de miles de francos. Pues bien, el Estado francés va a incrementar dentro de poco esta protección de las letras con unas cuantas medidas que a continuación detallamos.

M. Herriot es el autor de un proyecto de ley que acaba de ser presentado a la Cámara de Diputados. Este proyecto crea una Caja Nacional de Letras, Ciencias y Artes y trata de dar a los escritores y artistas un estatuto legal. Sus objetivos son la asignación de recompensas, bolsas de viaje, adquisiciones de obras por el Estado, subvenciones a los organismos que tienen la misión de fomentar las letras y el arte, fomento de las ediciones de obras y colecciones de importancia escritas por franceses y exacta aplicación de las disposiciones protectoras de los derechos de autor.

Tal es, en síntesis, el proyecto referido, que seguramente será aprobado por la Cámara. En efecto, los periodistas han investigado las opiniones de los diputados y comprobado que existe una considerable mayoría en favor de él.

¿Y en Chile? dirá el lector. En Chile la literatura es cosa nefasta, que no sólo no merece protección sino que, por lo general, acarrea perjuicios a quienes la siguen.

ESPECTADOR.